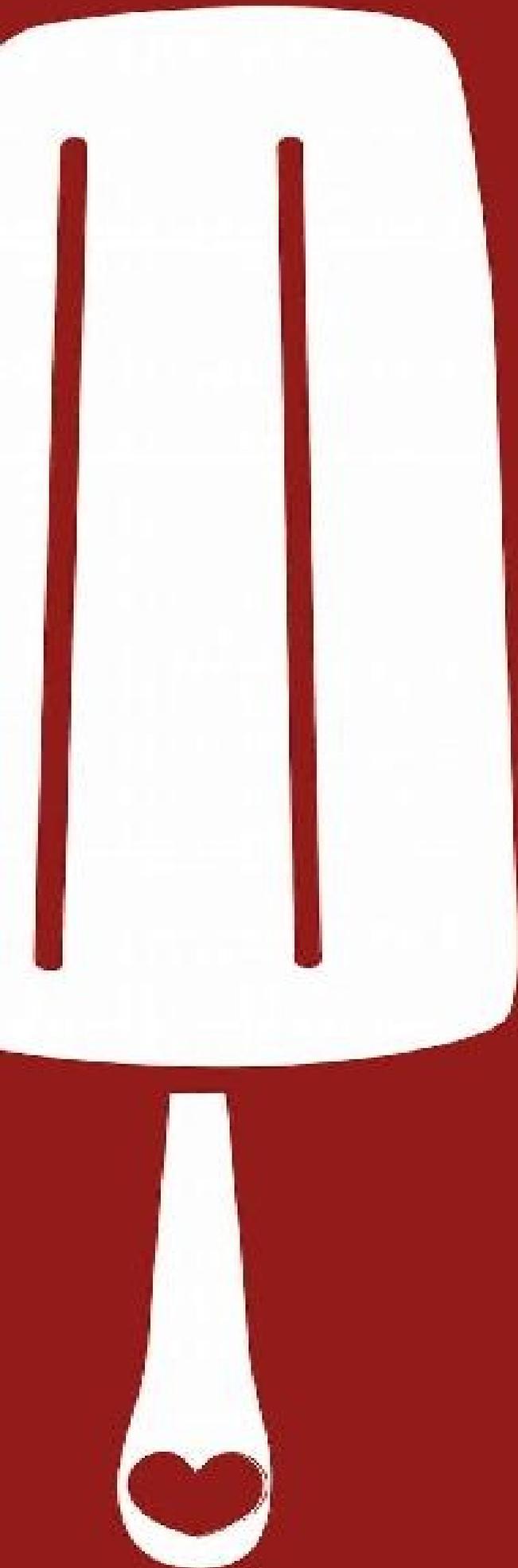




Re
frés
ca
me

MIMMI
KASS



Re
frés
ca
me

**MIMMI
KASS**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Javiera F. Hurtado
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Refréscame, n.º 244 - agosto 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1328-462-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Refréscame](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Refréscame

He llegado, por fin. Hundo los dedos de los pies en la arena blanca. Cierro los ojos, siento la brisa acariciar mi rostro, los rayos de sol comienzan a picar sobre mi nariz y supongo que este año añadirá un puñado más de pecas a mi colección.

Inspiro. Profundo. El aire fresco del Mediterráneo limpia el estrés, la ansiedad y se lleva del interior de mi cuerpo el frío y la humedad del invierno de Múnich, que parece llenar de moho mis huesos.

Ha sido una auténtica odisea llevar la tabla de surf por el caminito estrecho apenas excavado en la roca. El dato me lo ha dado un colega de la zona y he estado a punto de despeñarme dos veces. Otras dos veces lo que he querido es dar la vuelta y marcharme de allí. Pero ver las olas besar la playa en una sucesión de espirales perfectas hace que ya no piense. Echo a correr con la tabla entre las manos y doy un grito de triunfo al irrumpir en el agua. Total, estoy sola en la playa, ¿qué más da que me escuchen la arena y el mar? Está solo un poco tibia, pero en cuanto el sol ascienda hacia el cenit, sé que se templará más.

Braceo. Mis músculos se resienten porque no he calentado nada, pero me da igual. Tengo mono. Necesito deslizarme sobre las olas y no pensar en nada. Dejar atrás los números, los objetivos, las exigencias de la empresa y los clientes demandantes. A veces odio ser contable.

No hay nada que describa la sensación de libertad que tengo en el momento en que coronó una de las espirales de espuma y me dejo llevar. Toco con los dedos la lámina de agua mientras surco la concavidad, y las gotas salpican mi cara. Me río sola embargada por la adrenalina y la velocidad, aquí nadie me ve. Soy solo yo, Anika. Sin títulos ni nada que demostrar. Sin plazos inamovibles que cumplir. Sin la vida gris que, por unos escasos quince días, me puedo permitir dejar atrás.

Ya no estoy sola. La playa tiene algunos visitantes más, pero tras el fastidio inicial, veo que no van a molestarme. Un par de parejas aventureras con

mochilas. Dos o tres familias que se nota que vienen con frecuencia, porque dejan a los niños jugar a sus anchas. Hasta hay un pequeño chiringuito de playa, de color blanco y muy coqueto. Creo que en España habría un bar para tomarse una cerveza hasta en el rincón más salvaje y recóndito.

Paso uno de los mejores días de mi vida. No sé si es el lugar, que después de tantos años, consigue sorprenderme. O la necesidad acuciante que tenía de desconectar. O que tengo la crisis de los treinta por adelantado a mis veintiocho. El caso es que, cuando dejo mi tabla sobre la arena y me tiro sobre la toalla, estoy exhausta, algo quemada por el sol, muerta de sed y con una sensación de felicidad que no experimentaba desde... hacía un año. En concreto, desde la última vez que estuve en Mallorca. No sé por qué no rompo con todo y me vengo a vivir aquí. ¡Mandar todo a la mierda y *Carpe Diem!* ¿No sería glorioso? Me echo a reír yo sola. Definitivamente, tengo la crisis de los treinta por adelantado.

Me chirrían las tripas de hambre. Miro la hora y abro los ojos, alucinada. Las cuatro. ¡He estado surfeando casi seis horas sin parar! Devoro el bocadillo de jamón, queso y tomate, un poco espachurrado, y me como las tres bolsitas de palitos con semillas de girasol. Echo un vistazo al chiringuito para ver si compro algo fresco de beber, pero está cerrado. Me bebo casi un litro de agua sin respirar y me quedo sobre la toalla con la barriga llena y el corazón contento. Hasta duermo una horita de siesta. España es lo mejor para fiestear, comer y descansar. Tengo pruebas. Viajo muchísimo por trabajo y lo he comparado lugar por lugar.

Tras otras tres horas de surf, doy la jornada por concluida. Nada mal, para ser el primer día. Las piernas me tiemblan, me arden los hombros porque no me he acordado de volver a ponerme el protector solar y me comería un dinosaurio con patatas fritas. Miro hacia lo alto del acantilado y me desanimo un poco. En eso no había pensado. En el camino de vuelta. Mierda. Y tengo que llevar la tabla hasta ahí arriba.

Lanzo otra mirada hacia el chiringuito. Está abierto. Igual podrían guardarme la tabla. Me muero de la vergüenza, es echarle demasiado morro. El lugar es minúsculo. Pero la perspectiva de acabar despeñada el primer día de mis vacaciones me convence y me acerco hasta allí.

Es una casita de madera prefabricada de color blanco, con unas macetas con geranios rojos, rosas y fucsias. La contra de la ventana, abatible hacia arriba, se encarga de dar sombra a la zona de la barra. Muy ingenioso. De un pequeño altavoz sale música en español, no tengo ni idea de cuál es el grupo, pero suena muy bien.

Miro la pizarra y arrugo la nariz. «Batidos Detox», y una lista de ingredientes en español de los que reconozco las palabras manzana, pera, plátano, melón y sandía. Y pepino. ¿Pepino en un zumo? ¡Puaj! El resto es chino para mí. Supongo que otras frutas y verduras. No hay nadie tras la ventana. Espero que tenga cerveza. Me muero por una cerveza fresquita, aunque creo que en eso somos mejores en Alemania, aquí la cerveza es aguada y sabe a pis, pero...ahora mismo cualquiera me vale.

—*Hallo!?* —Se me escapa. Corrijo y vuelvo a llamar—. ¡¿Hola?! ¿Hay alguien?

Lo entiendo a la perfección, pero hablarlo es otra cosa. Mi español está oxidado después de un año sin usar y me aclaro la garganta. Espero un par de minutos y estoy a punto de irme, pero de pronto alguien forcejea con una puerta algo atascada y respiro con alivio.

Nada me ha preparado para lo que veo entrar.

Lo primero son unos brazos. Morenos, fuertes y torneados. Cargan con un enorme cajón de tomates. No los veo, pero los huelo. Se me hace la boca agua, no sé muy bien si por los tomates o por qué. Luego las manos, que aferran las esquinas de madera. Unas manos de esas contundentes, masculinas, de uñas cuadradas y venas prominentes.

—¡Hola! —saluda, sorprendido. Su boca es de labios gruesos y bien perfilados. Lleva una barba de dos días que hace que me pique la punta de los dedos. ¿Estoy loca o qué me pasa?—. Deja que termine de descargar esto y enseguida estoy contigo.

Pone el cajón encima de otro que tiene unos limones amarillos y lustrosos, pero no puedo dejar de mirarlo a él. Cierro la boca, no me había dado cuenta de que la tenía abierta y me pongo roja como uno de esos tomates. Espero que no se note.

—Claro. Todo bien —digo tras unos segundos.

Sonríe y tengo que sentarme. Busco con el pie la pata de uno de los taburetes, sin perder de vista su espalda. Lleva una camiseta blanca, ceñida, que deja entrever las líneas musculares de sus hombros. Sonrío al ver la lazada de un delantal de loneta verde sobre su cintura y mi gesto se hace depredador al ver el culo que se marca bajo las bermudas vaqueras y las pantorrillas carnosas que terminan en unas hawaianas negras.

Me doy un vistazo de chequeo cuerpo abajo. ¡Joder! Estoy llena de arena. Sacudo un poco mi escote. Aún estoy un poco blanca. Bueno, ahora más bien roja. Debí ponerme protector solar a medio día, pero no me acordé. El bikini me

sienta bien, y aunque tengo unos cuantos kilos de más, apruebo el conjunto. Me siento a gusto en él. Me sacudo un poco el pelo, una media melena rubia y ondulada.

—Ya estoy aquí. ¿Qué te pongo? —pregunta directo y clavando unos ojos oscuros, oscurísimos y de pestañas kilométricas, en los míos celestes.

Me choca su frontalidad. En realidad, no quiero nada, solo que me guarde la tabla. Me corto un poco y decido pedir algo para no parecer una caradura sin remedio.

—¿Tienes cerveza bien fría? —digo con una sonrisa expectante.

—No. Nada de alcohol —contesta con un puchero a medias divertido y a medias resignado. No es exactamente guapo, pero el conjunto de líneas y curvas de su rostro cuando sonrío es magia pura y deslumbra.

—¿Una Coca-Cola con hielo? —pregunto esperanzada. Son más de las ocho de la tarde y sigue haciendo un calor infernal.

Él niega de nuevo con la cabeza, compungido.

—Nada de refrescos artificiales. Solo agua fresca y batidos detox con frutas y verduras ecológicas.

—*Scheiße!*—murmuro. Estoy tentada de pedir un agua sin más, pero quizá uno de esos batidos no sea tan malo. Mientras no tenga pepino, claro —. ¿Qué me recomiendas? No tengo ni idea de la mitad de los ingredientes que pones ahí —digo señalando la pizarra colgada de un clavito junto a la ventana.

—Una chica deportista como tú necesita algo energizante y que hidrate. ¿Te gusta el sabor del jengibre?

Coge plátano, naranja y una fruta ovalada de color amarillo con un brillo rojizo y que no sé qué es. Frunzo el ceño con desconfianza.

—Solo en los gintonics. —Él suelta una carcajada que me cosquillea en el abdomen. Mil mariposas comienzan a aletear. Hacía tiempo que no sentía una atracción así, pero él solo parece reírse de mí—. ¿Qué fruta es esa?

—Mango. ¿Quieres un trozo?

Sigo bastante reacia, pero mirar sus manos manejando un pequeño cuchillo y el jugo de la fruta deslizarse por sus dedos me deja sin habla y acabo por aceptar. Cojo entre los míos el trozo carnoso y chorreante y lo llevo a los labios.

—¡Uhm! *Köstlich!*—exclamo sorprendida.

Los que había probado hasta ahora eran bastante insípidos, pero este trocito provoca un estallido de sabor en mi boca y estimula el hambre que tengo. Aunque no tengo muy claro de qué. Esos labios que chupan los dedos del jugo de mango generan en el centro de mi cuerpo una tensión que se despereza del

letargo de un invierno interminable. Acepto un segundo trozo más grande, mientras él se lava las manos en un pequeño fregadero y se pone a trabajar. Verlo es un espectáculo.

—¿Alemana, noruega? —aventura mientras saca una enorme máquina de prensado en frío y la enchufa.

—Alemana. De Múnich. Imagino que os tenemos hartos y ya nos distinguís de lejos —digo adelantándome al comentario un poco molesto que supongo que va a seguir sobre la invasión de las islas que los míos hacen cada verano.

Él se echa a reír ante mi tono y levanta las palmas de las manos en son de paz.

—Nada que objetar. Mi mejor amigo es de Berlín, no hace falta ponerse a la defensiva —dice y me guiña un ojo, divertido, mientras corta la fruta en unos rectángulos largos y finos—. Los alemanes sois parte de la idiosincrasia de Mallorca y a mí me gusta así.

Vaya. Qué manera más elegante de ponerme en mi sitio. La verdad es que no sé qué me pasa, estoy nerviosa y más brusca de lo que debería. Reconozco el tono frío y profesional que empleo en mi trabajo. Es eso. Aún no me he desprendido de mi pose cuadriculada y estoy tensa.

—Perdona, no quería ser maleducada —digo contrita. Me he pasado con mi contestación y él lo sabe. Vaya manera de empezar—. Acabo de llegar de un año horrible de trabajo y aún no he logrado desconectar.

—¿En qué trabajas?

—Soy contable.

Él solo levanta las cejas y creo distinguir cierta conmiseración por mí. No lo culpo. Debería preguntarle a él a qué se dedica, pero por alguna razón, me cuesta seguir la conversación. Estoy demasiado intrigada por el juego de luces y sombras de su sonrisa.

—Toma. Espero que te guste. Solo le he puesto una pizca de jengibre —dice ignorando mi disculpa con un gesto despreocupado de la mano y pone ante mí un vaso de cristal que acaba de sacar del congelador con una pajita de cartón reciclado blanco con rayas azules y el adorno de una rodaja de lima en el borde.

—*Prost!* —digo alzándolo hacia él, que repite el gesto.

Pero pasa de mí. Se pone a recoger restos de la fruta y a limpiar todo con diligencia. Vacilo al llevarme el vaso a la boca, me gustaría decirle algo, continuar la conversación de algún modo.

Me olvido de su indiferencia en cuanto le doy el primer trago. Una explosión de frescura y dulzor me invade la boca y me aturde la lengua. Está frío. Muy frío. Un sorprendente regusto picante se percibe al final. Suelto un gemido de

puro gusto y su sonrisa perenne se ensancha. Lo miro con cierto asombro y saboreo con calma los primeros sorbos, y luego me lo tomo como si hubiese atravesado el desierto y no hubiera bebido jamás.

—¿Más? —me pregunta y levanta la jarra. Asiento con efusividad y alargó el vaso, que llena de nuevo hasta el borde—. Mejor que la cerveza y la Coca-Cola, ¿verdad?

Finjo pensármelo un poco y sonrío.

—Que la Coca-Cola, sin duda. Que la cerveza... ¡Me lo pensaré!

Esta vez me lo bebo con más calma, disfruto del *Paradise* de Coldplay en la radio y lo observo fregar los platos, limpiar con mimo las encimeras y dejarlo todo impecable. Mira el reloj un par de veces y me da un sobresalto. Es tardísimo. Seguro que quiere marcharse ya.

—¿Cuánto te debo?

—Siete euros.

—Entonces son catorce, que me he bebido dos.

—El segundo es cortesía de la casa, por verte disfrutar así de él.

Al final le dejo diez euros y me lo agradece con una sonrisa.

—¡Adiós, alemanita! —se despide cuando me alejo de la barra. Entonces me acuerdo de la tabla de surf.

—¡Oye...! ¡Tú! —llamo de nuevo con cierta brusquedad. ¿Hace cuánto tiempo que no hablo con un tío?

—Jauma. Me llamo Jauma —dice de nuevo con paciencia ante mi exabrupto. Estaba a punto de salir por la puerta.

—Jauma. Yo, Anika.

Eso ha sonado casi como a «Yo, Tarzán. Tú, Jane». Agito la cabeza, tengo que relajarme un poco.

—Encantado, Anika. Dime, ¿qué necesitas?

Dudo. Me parece que le estoy echando un poco de morro, pero ¡no pierdo nada por intentarlo! Compongo la mejor de mis sonrisas y señalo mi tabla de surf.

—¿Cuánto me cobras por guardarme la tabla? Voy a volver estos días y llevarla de arriba abajo por ese caminito es un horror.

Parece ofendido. Deja de sonreír y me mira con fastidio. Me he pasado. Lo sabía. Vuelvo a ponerme roja.

—Te la guardo sin problema, Anika, pero no voy a cobrarte por eso —dice algo molesto—. Ven. Tráela aquí.

Qué idiota soy. ¿Por qué me comporto así? ¿Es porque me parece atractivo?

¿Hace cuánto que no trato con un hombre que no sea en el ámbito laboral? Teniendo en cuenta que desde que empecé a trabajar el 80% de mi vida consiste en trabajo, una eternidad.

—Vale, gracias. Perdona —digo atarantada.

Lo sigo a la parte de atrás de la caseta, donde hay acoplada una construcción igual. Entra y alarga los brazos hacia mí y tengo la estúpida imagen de mí misma lanzándome entre ellos para que me cobije en su pecho. Estoy loca de verdad. No entro. Le doy la tabla y él la hace desaparecer en el interior.

—¿Sabes que hay otra manera de llegar? En coche —dice al salir de la caseta, envuelto en una vaharada de aire fresco y con aroma a menta y frutas—. Es unos cuantos kilómetros más largo y luego hay que recorrer parte del camino andando, pero si tienes que cargar cosas —señala hacia las cajas de tablillas de madera amontonadas con pulcritud—, es más práctico.

—No tengo coche, me ha dejado el autobús en mitad de la carretera y luego he bajado andando con la tabla.

—Eso sí que es un deporte de riesgo y no el surf —dice bromeando. Pero está con los brazos cruzados, mira hacia un camino entre la hierba seca que despunta en la arena y se nota a leguas que está esperando a que me marche.

—Bueno, Jauma. Mil gracias por el batido y por guardarme la tabla. ¡Mañana nos vemos!

—Mañana es domingo y no abro, pero nos vemos el lunes. Aquí tienes la llave para sacar tu tabla de surf. —Deja una llave pequeña en mis manos y lo miro, alucinada por la confianza que deposita en mí, una guiri desconocida—. Solo acuérdate de cerrar bien cuando la saques o la vuelvas a guardar.

—Genial. Así lo haré —murmuro cuando ya se ha marchado caminando con paso elástico y decidido, escuchando algo en los auriculares y una mochila de loneta a la espalda.

Yo también debería irme, o perderé el último autobús, pero no puedo evitar estudiar el movimiento hipnótico de su trasero mientras se aleja.

Al día siguiente ya conozco un poco el caminito y bajar sin la tabla lo hace muchísimo más fácil. La playa me espera, las olas están perfectas, pero me puede la curiosidad. Abro la caseta y echo un vistazo. Un par de neveras. Las abro también. Me siento miserable. Solo un poquito. Está repleta de fruta y aguanto la tentación de robar unas frambuesas que tienen una pinta deliciosa. ¡Qué mentirosillo! Sí que tiene cervezas. Me echo a reír al descubrir su pequeño

secreto. En la otra nevera, más frutas y verduras y algo de comer. Hay también una mesa con material de pintura y unos bocetos. Vaya, qué bonitos. Un par de paisajes marinos, unos retratos... prefiero no tocar nada para ver lo que hay debajo, no quiero que sepa que he estado fisgando por aquí.

Disfruto como una niña pequeña de otro día de surf perfecto. Pero tengo que reconocer que el postigo cerrado de la casita hace que me vaya mucho más temprano que el día anterior. He pensado en una sonrisa varonil y unos ojos oscuros más veces de las que quiero admitir.

Lunes. Me acerco a la caseta a buscar la tabla, Jauma ya está allí. Me sonrío y me invita a tomar algo, charlamos un rato, pero yo estoy loca por surcar el mar. Me despido de manera un poco apresurada. Aunque su batido estaba buenísimo, prefiero las cervecitas que llevo en mi nevera portátil. Quiero aprovechar todo lo que pueda, estas olas son magníficas y no sé cuánto van a durar. He pillado a Jauma mirándome varias veces y él me ha pillado a mí observándolo también. No me decido a profundizar en la conversación, será que estoy desentrenada. Prefiero refugiarme en el surf y no pensar en nada más. Sus ojos oscuros me cohíben y su sonrisa me desarma.

Martes. No surfeo casi nada hoy, me quedo charlando con Jauma. Más bien, yo hablo y él escucha. La calidez de su mirada y su silencio acogedor hace que me desahogue y le cuente cosas bastante personales: mi última relación insípida y fallida con un chico que conocí a través de una aplicación para ligar. Dejo mi alma al desnudo y no consigo que él se abra.

—¿Me das una cerveza? —me atrevo a pedir al fin, cuando estamos compartiendo mi bocadillo de jamón y tomate. Él me mira divertido y vuelve a negar, una vez más, porque no es la primera vez que se me escapa pedírsela—. Sé que tienes unas escondidas en la nevera, ¡venga! —lo animo y le doy un pequeño empujón con el hombro. Es como chocar con hormigón armado, no lo muevo ni un milímetro. Es puro músculo y tengo que contenerme para no hundir las yemas de los dedos en sus bíceps.

—¿De verdad has cotilleado en mis neveras? —pregunta incrédulo y muerto de risa.

Yo me encojo de hombros y le lanzo una sonrisa angelical.

—Sí. Y también he visto tus dibujos. Pintas genial.

Él se levanta y no contesta. Sus ojos están apagados y su sonrisa tiene un tono más triste. Yo me arrepiento de haberlo puesto contra las cuerdas, ¿qué esconderá tras los trazos y los colores de sus bocetos?

—¿No me acompañas? —pregunto al ver que solo trae un botellín perlado con gotitas de agua.

—Prefiero no tomar alcohol.

No es brusco, pero me sorprende su respuesta. Chocamos los cristales de mi cerveza y su batido, y bebemos. Me mira a los ojos y soy capaz de sostener su mirada. Descubro que tiene unas motitas doradas en el castaño oscuro de sus iris y siento que tocan algo en mi interior. Que hay dolor y por eso es bueno escuchando mis penas. Las palabras escapan de mis labios antes de darme cuenta de que las he pensado.

—¿Qué haces en esta playa perdida y aislada del mundo?

Él se echa a reír y se levanta. Me ofrece la mano y me incorporo también. No me contesta, pero el ofrecimiento compensa con creces.

—Vamos, te llevo hasta la carretera en moto. Se te ha hecho tarde.

Me aprovecho. Me abrazo a su cintura y apoyo la mejilla en su espalda porque no he querido ponerme el casco. A la mierda las medidas de seguridad. Huele genial, a fruta dulce, a un perfume fresco y deportivo, a piel acogedora y caliente. Cierro los ojos y pienso en lo cómodo que sería dormir apoyada en él.

Nos despedimos con un beso en la mejilla y los labios me cosquillean durante varios segundos por el roce de su barba. No puedo dejar de pensar en él.

Hoy es miércoles. Me ha costado levantarme esta mañana, pero cada vez lo llevo mejor. Todavía tengo que tirar de mí mismo a veces para hacer las cosas más sencillas, pero Mallorca me sienta bien. Tomo el café y devoro el bizcocho casero que yo mismo he cocinado. Harina orgánica, huevos de mis gallinas, azúcar de caña y leche fresca. Luchar contra la leucemia ha cambiado mi forma de vivir hasta en los más pequeños detalles. Aunque significara perder muchas cosas, ahora me doy cuenta de lo que he ganado. Tres años dan cierta perspectiva de todo lo que ocurrió cuando me marché.

Pongo a punto mi reloj deportivo, hago mis estiramientos, compruebo las zapatillas y me lanzo a correr. Hoy me apetece forzar un poco la marcha, pongo *Call on me* en el móvil para coger ritmo y recorro los caminos interiores antes de que el sol y el calor los hagan intransitables. Dos horas más tarde y dieciocho kilómetros después, me lanzo a la alberca y doy unos largos para relajar la

marcha. Tengo que abrir el chiringuito y sonrío ante el nuevo aliciente que me espera en la playa. Apago el riego automático, que solo pongo de noche, y miro que todo esté bien en los viveros, antes de subir a la ranchera.

Aprovecho para llevar un par de kilos de frambuesas más. Hielo en bolsas, que nunca parece ser suficiente y algo de comida para pasar el día. No vale la pena volver a la masía a mediodía, mejor me quedo. Quizá pueda invitar a Anika a comer conmigo algo rico y bien cocinado en vez de ese bocadillo que debe acabar lleno de arena, aunque es bastante desconfiada. Hasta un poco borde. Parece como si tuviera mil barreras que derribar.

Abro la caseta trasera, la tabla ya no está. ¡Qué fanática! Yo no tengo ni idea de surfear, lo mío es el pádel y el squash. O lo era, antes de caer enfermo. Me acuerdo de la época en que no tenía fuerzas ni para levantarme de la cama al baño para vomitar por la quimio y llevo los dedos al pequeño promontorio bajo la clavícula hasta dar con la cicatriz que marca el catéter con reservorio. Todavía no me lo quitan. Pronto cumpliré dos años en remisión completa y, si todo va bien, me lo quitarán. Prefiero no pensar demasiado en ello.

Coloco la tablilla con los batidos de hoy, tengo muy pocos clientes, pero son fieles, y no cambiaría esta playa por nada del mundo. Me da la paz que necesito ahora para sanar. Saco los taburetes y pongo los servilleteros. Ahí está. Surcando las olas. Me siento un momento a observarla. Es buena. ¡Muy buena! Osada. Se acerca demasiado a las rocas, como si quisiera retar al mar. Cuando voy a gritarle que se aparte de ahí, que es peligroso, da un giro brusco y cambia de dirección, alejándose de las puntas afiladas. Le gustan las emociones fuertes.

Es una chica preciosa. Tamaño bolsillo. Me refiero a que es bajita, no debe de medir más de un metro sesenta, o sea que le saco un cuarto de metro o más. Tiene un cuerpo de cintura estrecha y caderas amplias y unas tetas que, por primera vez desde que me dieron la noticia de la remisión, me he permitido admirar de reojo. No me acuerdo ya de lo que es el sexo. Primero, porque tras el diagnóstico tenía otras cosas en las que pensar. Después, porque cuando saltó todo por los aires, no quise enfrentarme a ello de nuevo.

Ella me ha visto. Saluda montada a horcajadas sobre la tabla. No. Agita la mano para que vaya con ella al mar. Dudo, pero acabo por acercarme justo hasta donde el agua lame la arena. Estoy descalzo y el agua me besa los pies. Está tibia, me llama, pero prefiero no quitarme la camiseta. Demasiadas secuelas sobre mi piel.

—¡Cobarde! —me grita Anika sobre el fragor de las olas y con una sonrisa radiante. La atracción gira en el centro de mi abdomen y lo contrae con el tirón

de la excitación.

—¡Te espero con un batido! —replico sin hacer alusión al insulto. Prefiero no darle la razón, aunque la tiene. Aún no he recuperado del todo la normalidad.

Me refugio entre frutas y verduras. Esta vez, me decanto por la piña y las frambuesas. De nuevo, un dado de jengibre. Sus propiedades antioxidantes son vitales. Preparo cantidad suficiente para ella y para mí. Cuando veo que sale del agua, meto hielo en la picadora y lo preparo en forma de *frappé*. Con el calor que hace, se agradece. Sonrío al ver por qué se ha acercado tan pronto: el mar está como un plato, cae el sol a plomo sobre la arena y ya no se puede surfear.

—Las olas volverán esta tarde, cuando se levante un poco el viento —digo a modo de consuelo—. Tendrás aún unas horas para volver a surcar las olas, sirenita.

Ella se encoge de hombros y ahueca con movimientos enérgicos la melena rubia. Se ha aclarado bastante en estos días al sol.

—Mi autobús no pasa hasta dentro de cuatro horas. ¿Tienes una cerveza?

La miro, divertido. Una chica de ideas fijas.

—Ya te he dicho que no. Agua o batido detox.

Dejo frente a ella el granizado natural, pero no le hace ningún caso.

—¡No te has metido en el agua! —me dice aún agitada por el esfuerzo.

Las ondas de su pelo chorrean agua salada, trae un brillo en sus ojos celestes que me hace envidiar su vitalidad, su piel está sonrosada aún, sin cuajar el bronceado, y sus labios exhiben una sonrisa devastadora.

—No, aún no. No soy mucho de bañarme en el mar. —Empujo hacia ella el batido y chocamos los vasos de cristal con un tintineo prometedor—. Creo que este te gustará todavía más.

Me echo a reír ante ese gesto desconfiado que tiene. Arruga la naricilla respingona cubierta de pecas y entrecierra sus ojos de cielo.

—¿Lleva pepino? ¡Odio el pepino! —dice con espontaneidad.

—Frambuesas, piña y jengibre —enumero con una sonrisa divertida—. Y una pizca de menta.

Ella quita la ramita de adorno y lo paladea, lentamente, al principio, todavía suspicaz. Y luego sonrío. Tiene una sonrisa traviesa, de niña pequeña. Con los incisivos un poquito separados. A veces se muerde la punta de la lengua al sonreír, me parece muy sexy y se me van los ojos a su boca con demasiada frecuencia, lo sé. Así que aparto la mirada y me pongo a recoger. Ella se pone seria enseguida y se repliega. Se encierra en sí misma y toma el batido en pequeños sorbos con seriedad. Es como una mimosa sensitiva, que abre las hojas

al sol y, cuando percibe el mínimo roce, se repliega, escondiéndose. Yo sé por qué me escondo. ¿De qué lo hará ella?

Bebemos en silencio. Esta vez no hablamos, una expectación llena de promesas el ambiente. Mi mirada huidiza y su temperamento desconfiado no se hacen ningún favor. Ella se aclara la voz y da el primer paso.

—Jauma, gracias por dejarme guardar la tabla. La verdad es que me hace el camino mucho más llevadero —dice con ceremonia. Pero a medida que habla y se suelta, sonrío, deja salir la luz que lleva dentro y que se empeña tanto en ocultar—. Soy un poco torpe caminando y, con la tabla, seguro que acababa en el fondo del precipicio.

Me echo a reír con ganas. Me desarma con su pequeña confesión.

—No me lo creo. Te llevo observando estos días. Cualquiera que te vea deslizarte sobre las olas diría que tienes bastante equilibrio. —Vaya. Acabo de confesar que no le he quitado los ojos de encima desde que llegó.

Ella se encoge de hombros, no parece darse cuenta de mi desliz.

—Sobre las olas, sí. Es mi elemento natural. ¡Sobre el suelo, no! Y tú, ¿haces algún deporte? —pregunta con curiosidad. Le da vueltas al hielo con la pajita y relleno su batido de nuevo y el mío también.

—Me gusta correr. Y nadar. Hago ejercicios de musculación porque me lo han mandado y, aunque reconozco que no me gustaba, he acabado por pillarle el punto —digo resignado y entre gestos de negación—. Supongo que todo acaba por entrar por el aro si no te queda más remedio.

—¿Por qué te lo han mandado? —Clava sus ojos en mí, inquisitiva—. Yo jamás haría nada que no me apeteciera. En el deporte, me refiero.

Uhm. Demasiado pronto. Se me ha escapado un retazo de información y no la puedo culpar, yo solía pensar lo mismo. ¿Por qué hacer algo que no te gusta? Pues, porque después de cuatro años de batallar contra la leucemia, te quedas echo una piltrafa. Cero masa muscular. Pero no quiero espantarla tan pronto.

—Orden de mi fisioterapeuta —digo sin comprometerme demasiado.

No es el momento aún de soltar la bomba de mi enfermedad. Me gusta su compañía. Y tengo comprobado que, en cuanto aparece la temible palabra «cáncer» en cualquier conversación, las cosas se ponen raras y la gente se aparta. Y Anika me gusta. Me gusta mucho. Por eso voy con pies de plomo, tanteando el terreno, necesito pensar cada pequeño paso que voy a dar.

—Oh. Entiendo.

Es educada. Se da cuenta de que hay algo que no quiero decir y sujeta su curiosidad. Aunque capto una mirada de extrañeza cuando frunce sus cejas

rubias, casi blancas.

—¿Y en otros ámbitos? —añado de modo algo apresurado para dejar atrás el momento incómodo. Ella me mira con cara de interrogación—. Dices que en el deporte no harías nada que no te apeteciera, entiendo que en otras facetas no queda más remedio que hacerlo. Al menos a veces.

Ella suelta una carcajada. Por primera vez. Y me deja impactado. Echa hacia atrás la cabeza en un gesto espontáneo. Cierra los ojos y abre la boca dejando caer una catarata argentina de alegría y felicidad. Deja escapar energía por todos los poros y sus manos se unen sobre sus pechos dejando ver una manicura descuidada. Yo me río en espejo, contagiado del optimismo que irradia.

—El trabajo. Siempre el trabajo, ¿sabes? —Toma aire y se acomoda sobre la tabla de la barra. Yo sirvo otro batido. La enorme jarra de la prensadora está vacía. Me gusta que se sienta tan cómoda conmigo. Me hace sentir bien—. Me dedico a llevar las cuentas de una empresa de telefonía en Berlín y trabajo en un cubículo de dos metros cuadrados, sentada siete horas al día frente a un ordenador. —El tecleo frenético que describen sus dedos para ilustrar sus palabras me hace reír—. «Anika, quiero esto para ayer». «Anika, ha surgido un contratiempo y tienes que quedarte esta noche». «Anika, el cliente ha perdido los datos y necesita un nuevo dossier». Soy una maldita esclava.

No puede ocultar cierta amargura en su tono de voz y yo asiento. Sé de lo que habla.

—Yo alguna vez estuve como tú. En vez de contable, empleado en un banco. —Me echo a reír ante su cara de horror—. Pero hace tres años, di un cambio radical en mi vida. Abandoné la ciudad, lo dejé todo atrás, y vine a hacerme cargo de la masía que me dejaron en herencia mis padres.

—¿Qué ciudad?

—Barcelona.

—¿Y te acostumbras a estar en el campo después de vivir allí?

—Ha sido una liberación.

—¿A qué te dedicas a parte del chiringuito de playa?

Me hace gracia el estacato de preguntas que bombardea en mi dirección. Está interesada y eso me gusta.

—Cultivo frutas y hortalizas ecológicas. Cero pesticidas. Cero antibióticos. — Señalo la carta de batidos—. He recogido el testigo de mis padres, aplicándole un poco de modernidad. Me dedico a esto al cien por cien desde hace dos años.

Omito contar que, cuando empecé, estaba tan hundido que había días que no lograba levantarme de la cama. Pero ella es perspicaz. No es la primera vez que

me doy cuenta de que Anika sabe que oculto algo y esta vez sí presiona un poco.

—No me salen las cuentas —dice. Claro. Es contable—. Has dicho tres años. ¿Qué hiciste en el que falta?

Cojo aire y sonrío. De perdidos al río. Mejor soltarlo todo de golpe y en una sola vez.

—Fue mi año de recuperarme. Estuve muy enfermo y salir de todo aquello fue... complicado. —Siento que todo mi cuerpo se contrae al recordar las sesiones eternas de quimio, las pruebas interminables, los trasplantes fallidos de médula ósea hasta que por fin el último cuajó, lo que fui perdiendo por el camino. Mi voz se endurece y alzo de nuevo mis corazas. Aún está todo demasiado reciente—. Un año sabático.

—¿Cáncer?

La pregunta es como una bofetada. Sonríe con suavidad ante mi gesto de extrañeza y señala las cicatrices en mi cuello y el bulto del reservorio bajo la clavícula. Llevo una camiseta deportiva de tirantes que deja ver más de lo que pensaba. Acabo por asentir.

—Sí. Leucemia. —Lo digo con la boca pequeña y tensa.

—¿Superado? —Ella me regala una sonrisa sin rastro de condescendencia.

—Eso parece. Llevo dos años en remisión completa.

—*Wunderbar!* —exclama en alemán con ese acento que parece tragarse la mitad de la palabra—. Esto hay que celebrarlo, ¡otro batido!

No puedo evitar reírme. Siento alivio. Ha sido bastante más fácil de lo que pensé.

Preparo algo distinto: manzana, pera, piña y pepino. Ella arruga de nuevo la nariz al ver las hortalizas.

—Uhm, pepino. ¿Es obligatorio?

—Es obligatorio —digo categórico, mientras los lavo bien y los corto con rapidez—. Te prometo que, si no te gusta, estás invitada a batidos por el resto de la temporada.

—¡Hecho! —Acepta el trato y queda a la espera, muy tiesa sobre el taburete y sin perderme de vista—. Y si me gusta, ¿qué ganas tú?

Miro al cielo con expresión de duda y froto mi barbilla en un gesto filosófico.

—Me lo pensaré.

Hago un poco de trampa. Quiero que le encante. Mezclo la manzana, la pera, la piña y el pepino y pongo un poco de azúcar morena. También espolvoreo canela y, por esta vez, prescindo del jengibre. Pongo frente a ella el batido y espero su veredicto con expectación. Ella acerca sus labios al filo del vaso con

ceremonia, casi solemne. Como está concentrada en otra cosa, aprovecho para estudiarla más de cerca. Tiene unas pecas muy graciosas sobre la nariz y las mejillas, que en estos días se han hecho más presentes por el sol. Sus ojos celestes son almendrados y sus pestañas, de un rubio algo más oscuro que el pelo, casi blanco por el sol. Cuando me doy cuenta, me estoy relamiendo los labios y ella me mira. De manera inconsciente, o al menos eso creo, replica el movimiento con la lengua sobre su boca y, por primera vez en años, noto el tirón incipiente de una erección.

El impacto del despertar de mi cuerpo es tan brutal que, por un momento, me olvido de que estoy quedando en evidencia. Ella suelta un gemido desgarrado de gusto y cierra los ojos al saborear la mezcla. He ganado, pero siento pánico y me giro. Estoy como un adolescente. Con la excusa de coger el servilletero, fuera de su alcance, me coloco el pantalón de manera que no se vea la flagrante tienda de campaña y suelto un resoplido incrédulo. ¿Hace cuánto tiempo que no me pasaba esto? Parezco un adolescente salido. No puedo parar de reírme de mí mismo.

—¿Te ríes de mí porque has ganado? —dice ella con malicia—. Tengo que reconocer que me ha encantado. Es refrescante y sabroso. Jamás pensé que algo con pepino sabría tan bien.

Yo suelto una carcajada. Ahora solo puedo pensar en un solo pepino, y es el que tengo entre las piernas. Tiene que irse. Lejos. Ahora mismo. No puedo dejar de mirar sus pechos recogidos en ese bikini que antes me parecía bonito y ahora es indecente. El borde de la parte de abajo llega *muy* abajo. Cinco dedos de los míos por debajo de su ombligo. Siento que la cabeza me da vueltas y los oídos me zumban del calentón.

—Algo así —acabo por soltar, sin saber dónde meterme. Ella se ríe, no se da cuenta de nada. Parlotea con naturalidad, ajena a mi debacle emocional y corporal.

—¡No te pases al cobrarme la apuesta! —dice saltando de pronto del taburete.

—¿Te vas? —Que se quede. Que se quede. Dile que se quede.

—Llevo horas aquí procrastinando contigo. ¡Se me ha ido la mañana casi sin surfear! Pero ahora las olas han vuelto. —Se aleja hacia la orilla, donde la espera su tabla—. ¡Deberías sentirte halagado! —grita cuando la levanta de la arena y comienza a adentrarse en el agua.

Me voy a la parte de atrás. Necesito pensar. Y darme una ducha fría, si pudiera. Quizá sí tengo que empezar a creerme que voy a vencer la maldita leucemia y sus estragos en mi vida. El sexo es el último territorio que me queda

por conquistar.

Tardo un buen rato en que baje la erección. Me rio solo, es una situación surrealista. Ahí escondido en la penumbra, entre las neveras a toda potencia, las verduras y las frutas. Cuando se me pasa el calentón y se difumina el aroma de la crema solar de Anika, la imagen de su cuerpo y el sonido rutilante de su sonrisa, viene el bajón. Los recuerdos dolorosos de otra pérdida que se cobró el maldito cáncer: mi relación de pareja. Ester.

No la culpo. Aguantó durante los dos primeros años como una campeona el desmoronamiento físico y psicológico, las vomitonas, la caída del pelo, la pérdida de mi sueldo y de mi libido. Supongo que ponerme los cuernos con aquel compañero de su trabajo lo hizo todo más llevadero. Lo descubrí por pura casualidad, con una visita sorpresa a su agencia de viajes un día que las náuseas me daban un respiro y me sentía un poco mejor. Suelto una risotada amarga. Recuerdo verlos sentados en una mesa, charlando muy cerca el uno del otro, con esa intimidad que solo el sexo puede dar. Ella sonriendo con coquetería. Él, apartando los mechones que escapaban de su moño en un gesto amoroso. El beso que intercambiaron a la vista de todos lo confirmaba aún más. No se escondían.

Nunca llegué a entrar. Volví a casa, derrotado, y fui yo quien la dejé. Se lo puse muy fácil. Ella lloró, me llamó mil veces, timbró en mi casa para que la dejara cuidar de mí como siempre. Aún recuerdo mi contestación:

—No soy tu proyecto social, Ester. Y no quiero migajas, sé que te acuestas con Raúl.

Aquello la hizo cerrar la boca, replegar su artillería y no volver a insistir. Pocas semanas después me daban la noticia de que la leucemia remitía y que bajaba el ritmo de la quimioterapia. Vendí el piso. El coche. La moto. Lo dejé todo y vine a la masía a vivir. Solo me había preocupado de pagarle a la pareja que había vivido siempre en la casa del cuidador, pero no había vuelto desde que fallecieron mis padres. Gracias a ellos, aún conservaba una pequeña producción de verduras y hortalizas cuando llegué sin ninguna expectativa y ningún plan. Con tiempo, mimo y todo mi dinero invertido, por fin comienzo a ver frutos. Ahora, al menos, gano lo suficiente para cubrir gastos, pagar los sueldos y tener algo para ir tirando con desahogo. Poco a poco. Y, en verano, el chiringuito me ayuda a tener un pequeño plus.

Suspiro. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí dentro, pero tengo frío y el culo acalambrado de estar apoyado en la mesa en la misma posición. Tengo que volver. Los batidos no se hacen solos. Revuelvo entre los bocetos y escojo un paisaje de mar con los colores de la mirada de Anika antes de salir.

—¿Estás bien? —Ella ha vuelto a su sitio sobre el taburete a la sombra y me mira, preocupada—. Te he llamado para que comiésemos juntos, pero no sabía si estabas aquí o no. Han venido un par de personas a por un batido, han dicho que venían después.

Se me escapa un gruñido de fastidio y ella me enseña los restos de papel plateado de un bocadillo y una lata de refresco. Ha pensado lo mismo que yo y eso me da una idea.

—Ya sé qué quiero en pago de la apuesta —digo con una sonrisa traviesa—. Invítame a cenar el sábado. Si no tienes plan, claro —me apresuro a aclarar por si me he pasado de rosca.

Ella finge que se lo piensa con un dedo en su barbilla y mirando al techo, pero sonrío y asiente. Me devuelve la jugada y me hace reír.

—Hecho. Pero no esperes nada elegante. ¿El sábado?

—El sábado.

—Tenemos una cita —dice ella y guiña el ojo hacia mí.

A partir de aquel día, ni yo preparo batidos ni Anika surfea demasiado. No necesitamos excusas para hablar de todo y de nada. Ella me cuenta de su trabajo, de que está quemada, de las ganas que tiene de mandarlo todo a la mierda y tal vez venirse a vivir a Mallorca. De que tiene una vida plana en Múnich a la que no puede llamar vida y que se siente encerrada. Yo relato, primero a regañadientes y después abriendo las compuertas del miedo, aquellos cuatro años del calvario que sufrí con la maldita leucemia.

El viernes me animo a quitarme la camiseta y adentrarme en el mar. Anika me espera, esta vez ha dejado la tabla sobre la arena. Me siento examinado. Sus ojos azules e inquisitivos estudian mi cuerpo con interés. Yo estoy cohibido. Tengo varias cicatrices en el cuello y en el pecho por los catéteres de la quimio, el bulto del reservorio es bastante notorio también. Es cierto que en estos dos años de recuperación me ha dado tiempo a poner mi cuerpo a punto, no me sobra una gota de grasa y mis músculos están definidos. Parece que le gusta, y mucho, lo que ve.

Charlamos durante horas, esta vez dentro del agua. El mar favorece entre sus aguas una intimidad especial. Nuestras voces quedan amortiguadas por el romper de las olas, y si me siento incómodo, me sumerjo y me acoge durante unos segundos para juntar fuerzas y continuar. Me doy cuenta de que Anika me gusta. Me gusta mucho.

Y llega el sábado. Y me entra el pánico. Creo que no voy a ir.

Miro el reflejo que me devuelve el cristal de un coche justo antes de entrar al bar de playa donde hemos quedado en el Puerto de Soller. El aroma a pescaditos fritos, el sonido de los barcos batiendo el puerto y la algarabía de los turistas me distrae un poco de los nervios que me atenazan. No estoy mal, al menos eso creo. Últimamente no sé que pensar de mí misma, creo que he acabado por volverme apagada y gris al mimetizarme con el plástico que cierra mi cubículo en el trabajo. Por no hablar de que mis últimas experiencias con hombres han sido un desastre total. He optado por pasar de citas y salir solo de vez en cuando con mis amigas. Lo único que hago este último tiempo es trabajar y trabajar y trabajar. A veces me pregunto de qué me escondo realmente.

Veo atisbos de que Jauma puede reconciliarme con el género masculino. Aunque llega tarde. Ya es la hora y no aparece. ¡Odio la impuntualidad!

Tiro de la tela de mi falda hacia abajo, es un poco corta y me da vergüenza lucir piernas, pero ahora ya no tiene remedio. Llevo un conjunto vaporoso de tela blanca, muy ibicenco, y unos collares de cuentas de cristal. Me he dado el lujo de ponerme unas alpargatas de cuña porque él es muy alto y no quiero parecer un tapón a su lado. Llevo el pelo suelto y un poco de brillo en los labios. Debí hacerme la manicura, tengo las uñas horribles, con el esmalte todo saltado. Tampoco quiero dar la impresión de que me arreglo demasiado para él.

—Señorita, ¿tiene reserva? —me dice el camarero con prisa y ganas de que me aparte de la puerta.

—Sí, para dos. A las nueve.

—Venga, que ya pasa la hora. Tengo una mesa aquí mismo, en la terraza.

Lo sigo tras dudar un par de segundos, ya han pasado más de quince minutos y Jauma no aparece. Pido un corto de cerveza y sonrío cuando el camarero me trae también unas aceitunas, junto con la carta.

Le echo un vistazo, aunque me la sé de memoria. Vengo aquí desde hace años, primero con mis padres y ahora sola. Es uno de mis lugares favoritos, uno de esos pequeños secretos que guardas con celo, pero que estás ansiosa por compartir con la persona correcta.

Y Jauma parece que no tiene intenciones de venir.

Ya me he bebido el corto de cerveza, estoy un poco mustia. Me había ilusionado mucho, tengo que reconocerlo. Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto con un hombre. Es atractivo, tiene un cuerpo de infarto, un sentido del

humor de esos de reír a carcajadas y una manera de envolverte en la conversación que da para horas y horas de hablar.

—Y un escaso sentido de la puntualidad —digo en alto, bastante enfadada, cuando lo veo aparecer por fin. No me conmueve ni un poquito su expresión culpable. Ni su camisa blanca arremangada en los antebrazos y que deja ver el encuentro de sus clavículas. Ni las bermudas cargo que penden de sus caderas y le quedan fenomenal.

Se inclina hacia mí e intenta darme un beso en la mejilla, pero yo me aparto y alzo las cejas, mirando de modo significativo el reloj.

—Llegas más de media hora tarde.

Él se sienta frente a mí y esconde la cabeza entre las manos durante un instante. Me mira con esos ojos negros y ardientes y, por un momento, olvido mi enojo porque me hace estremecer. Está serio. En general, es bastante serio. Cuando sonrío su rostro se transforma en un manantial de masculinidad sensual.

—Lo sé. Soy un imbécil, Anika. Perdóname, por favor.

Niego con la cabeza, desconcertada. No lo entiendo.

—¿Qué pasa? ¿Es que no estás a gusto conmigo? ¿Acaso esta semana te he hecho sentir mal en algún momento? —Mi autoestima se desmorona todavía más. Estoy dando un espectáculo lamentable, pero no soy capaz de callar—. La imbécil soy yo, mejor me voy.

Un relámpago de dolor atraviesa su mirada, una mueca de fastidio tuerce sus labios y agarra mi mano por encima de la mesa. Una corriente eléctrica eriza mi piel y me deja clavada en el sitio por el contacto. Hacía mucho tiempo que no sentía una caricia en mi piel.

—No te vayas, por favor. Estoy a gusto. Muy a gusto. Demasiado a gusto —dice con una mirada en la que carga todo el significado de sus palabras y que me hace enrojecer—. Ese es el problema. Me encantas, Anika. Pero tengo miedo de cagarla. Quiero que esto, sea lo que sea esto que estamos empezando, salga bien.

Sigo enfadada, pero su sinceridad me ablanda un poco. Eso ha sido muy tierno. De hecho, siento que me derrito por dentro y me dan ganas de abrazarlo y decirle que todo va a salir bien, que solo depende de nosotros. En vez de eso, me hago la ofendida y retiro la mano.

—¿Qué tal si empezamos cenando? Me muero de hambre. Luego ya veremos.

Cojo la carta y lo ignoro, pero su sonrisa plena y de hoyuelos en las mejillas termina por derribar mis defensas y sonrío yo también.

El momento tenso pasa de largo y se difumina en la conversación. Nunca pensé que el cultivo de frutas y hortalizas fuese tan apasionante. Él parece

también interesado en mi trabajo de contable, supongo que lo finge por educación porque yo sé a ciencia cierta que es un horror. Llega el postre, yo pido un café y él pide un helado. Un sorbete de chocolate, vainilla y fresa.

—¿Seguro que no quieres? —me pregunta por segunda vez.

Yo niego con la cabeza. No me interesa el helado, salvo el que, sin que él se dé cuenta, asoma por una de las comisuras de sus labios. Paso mi lengua por los míos en un gesto inconsciente y no puedo apartar la mirada de su boca apetitosa.

Él me mira también, y se detiene en un gesto cómico, con la cuchara a medio camino hacia el plato.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta, algo mosqueado.

—Nada. Tienes... —Me inclino hacia adelante y se le van los ojos a mi escote. Me da igual. Quiero alcanzar mi objetivo—. Tienes chocolate. En la boca. Aquí.

Estiro la mano y la apoyo en su rostro. La barba me cosquillea las yemas de los dedos y me genera un ardor intenso en el sexo y los pezones. Con el pulgar, retiro el chocolate tan solo rozando la esquina de sus labios. Me agarra la mano. Con fuerza. ¿Estoy loca o qué? Intento retirarla y él la sujeta con firmeza. Entre sus ojos negros y los míos azules se sostiene un duelo de voluntad. Y, tras unos segundos en tablas, él abre la boca y atrapa la punta de mi pulgar. Y lo chupa. Muy brevemente. Siento entre mis piernas una humedad inesperada y reprimo un jadeo.

—Has dicho que no querías. Así que tenía que comérmelo todo yo —dice con un tono de voz bastante más grave del habitual y que encierra un dejo travieso y sensual.

—Qué avaricioso.

—No lo sabes tú bien.

Los dos reímos como un par de tontos y el momento tenso pasa. Estoy tan cómoda con él que no me siento rara ni inadecuada por flirtear de manera tan flagrante. En otros tiempos, me hubiese sentido una fresca. Fatal. Con él parece que cada frase, cada gesto y cada casualidad me empuja a sacar un doble sentido o responder con picardía. Me gusta esta faceta coqueta y divertida de mí misma. Me doy cuenta, a mis veintiocho años, de que me encanta seducir.

Lo provoco con sonrisas, con miradas, con gestos en el pelo. Algunos me salen naturales, pero otros buscan excitar. Me he dado cuenta de que, cuando me toco el cuello y los collares, se le salen los ojos por mirarme las tetas y repito el gesto una y otra vez. No estoy acostumbrada a llevar la iniciativa y creo que lo estoy haciendo bien. Cuando nos levantamos después de tomar una copa yo y él

un agua con limón y hielo, lo noto nervioso. Me lanza miradas cargadas de dobles intenciones. Se frota las manos, se lleva los dedos a los labios, cuadra los hombros en pura tensión.

Asesto el golpe final.

—¿Me acompañas a casa? Es aquí, en el pueblo.

Parpadea desconcertado durante un par de segundos, creo que he logrado sorprenderlo. Se repone rápidamente y sonrío.

—Claro. Vamos. Demos un paseo.

Caminamos juntos por el puerto de Soller. Hay un trayecto más directo, pero no puedo resistirme a agarrarme del brazo que me ofrece y tenerlo cerca de mí. Siento el calor de su piel a través de la tela delgada de su camisa y poso mi mano sobre el brazo desnudo. Tengo que reprimirme para no acariciar el vello suave de su antebrazo y sentir por fin qué sabor tiene el tacto de su piel.

Pese al rodeo, llegamos pronto. Demasiado pronto. Sin darme cuenta de cómo, ya estamos frente al portal. Saco las llaves y jugueteo con ellas. Que no diga que no se lo pongo fácil.

—Muchas gracias por la cena —dice cuando voy a buscar la cerradura. Está nervioso y me parece perfecto. Porque yo estoy como un flan—. Ha sido genial. Y perdón por la tardanza, ¿puedo hacer algo para compensarte?

Lo miro fijamente. Vamos. ¡Hazlo! Lánzate ya. Todo mi cuerpo lo reta a besarme, pero él no parece saber qué hacer. Espera una pista. ¿Más claro todavía? Se me sale una risa floja y cierro los ojos. Este está más desentrenado aún que yo.

—Si tengo que pedírtelo, ya no lo quiero —digo medio en broma y medio en serio.

Pero las palabras surten efecto y, de pronto, me siento arrollada por un ciclón.

Tira de mis manos, me estrella contra su pecho. El contragolpe me devuelve a sus brazos, listos para recibir mi espalda y estrecharme de nuevo hacia él. Sus labios sellan mi boca, primero algo brusco, luego suavemente. Rodeo su nuca con mis manos porque mis piernas no me sostienen en pie. Qué bien besa. Cómo se mueve, el muy cabrón. No sé cómo, pero siento la puerta a mi espalda y su peso cargar contra mi cuerpo. En mi abdomen se dibuja con claridad su erección. Comienza la batalla de las lenguas, primero tímidas y luego con pasión. Percibo el sabor del chocolate y el limón mezclándose con el mío del café. Una de sus manos se aventura hacia la parte baja de mi espalda y, como no opongo resistencia, sigue su camino hasta agarrarme una nalga con fuerza. Y yo no puedo hacer otra cosa que aferrarme con fuerza a su cuello y estrecharme aún

más contra él.

Quiero más. Mucho más. Su otra mano asciende por mi cintura y el pulgar roza la curva de mi pecho a través del vestido. Como tampoco me resisto, busca con pericia el pezón. Gimo en su boca y él estrecha el cerco. Estamos al filo del cuchillo y tengo en mis manos el desenlace de esta noche.

Invitarlo a subir y follar como locos.

Retrasar la gratificación y afianzar las cosas. Dejarlo pasar.

Me dejo caer un poco más en el beso, necesito prolongarlo un poco más. Está a cien y yo estoy a mil. Creo que, si me levantara contra la puerta y perdiera el control, no sería capaz de frenar. Pero nota mis reticencias y se separa unos centímetros. Yo aprovecho para interponer un dedo entre mi boca y la de él.

—Jauma...

—No. No digas nada. Vamos a tu casa. Llevamos una semana hablando durante horas, ahora toca pasar a la acción.

Su tono es dominante, me cuesta mantenerme firme y más cuando me vuelve a besar. Pero mantengo mi dedo entre nuestros labios y sonrío.

—Jauma, quiero que pienses en mí esta noche. Que cierres los ojos y te duermas con mi recuerdo, con este beso —digo con seriedad. Esboza un mohín infantil de desacuerdo y se aparta un poco de mí—. Quiero que subas conmigo tanto como tú, pero estoy segura de que, si no lo hacemos, será mucho mejor.

—¿Esto es en venganza por el pepino? ¿O por llegar tarde?

Lo miro de hito en hito. He pasado los suficientes veranos en España para saber qué doble sentido tiene la palabra y no puedo creer que me haga esa pregunta. Pero soy una Anika nueva y se la devuelvo sin miramientos. Aferro con fuerza la erección sobre sus pantalones y aprieto con sensualidad. El jadeo que deja escapar es de lo más satisfactorio.

—No me gustaba el pepino, pero creo que puedo llegar a apreciarlo siempre y cuando me lo ofrezcas tú.

Las risas rompen la tensión del momento y los dos nos abrazamos sin parar de reír.

—Eres malvada. No voy a poder pegar ojo en toda la noche.

Yo tampoco, me duele el interior del cuerpo. En un punto muy concreto de mi interior, pero me hago la dura.

—Esto sí es por llegar tarde. Mañana nos vemos, Jauma. Tenme preparado uno de esos batidos tuyos para las diez de la mañana.

Y desaparecí portal adentro, dejándolo con un buen calentón encima y una sonrisa de oreja a oreja, entre gestos de negación con la cabeza.

- Media piña cortada en tiras.*
- Dos manzanas Golden, sin pepitas.*
- Dos peras conferencia, sin pepitas.*
- Dos pepinos medianos.*
- Dos dados de jengibre.*
- Una ramita de menta.*
- Hielo al gusto.*

Prensar en frío y conservar en nevera. Mantiene sus propiedades durante tres días.

Esta es la receta con la que la esperé a la mañana siguiente. Valió la pena no acostarnos aquella noche. Anika nunca volvió a Alemania y yo volví a sentir, en toda su magnitud. Ahora han pasado cinco años de remisión completa y le he dicho adiós a la leucemia, aunque sé que su fantasma siempre merodeará alrededor de mi salud.

No importa. Anika me acompaña. Primero comenzó a trabajar desde casa y nos lo tomamos con calma. Ella no quería ser una carga para mí, y yo no quería parecer desesperado porque viniese conmigo a la masía a vivir. Cuando empezó a pasar más noches conmigo que en su pequeño apartamento, los dos nos convencimos de que era mejor dejarnos de excusas y estar juntos en serio por fin.

Una vez al año vamos a Alemania a ver a su familia. Una vez al año me acompaña al cementerio a visitar a mis padres a Barcelona y dejarles flores cultivadas por nosotros. Parte de la expansión que estamos probando: flores ecológicas. Las cosas nos van mucho mejor a los dos. Que ella me lleve las cuentas ha supuesto una enorme mejoría porque resulta que soy un desastre con el dinero. Yo le he dado la oportunidad de desarrollar la vocación escondida de cultivar, las flores son cosa suya.

Hacemos un buen equipo. Ella me ilumina cuando mi humor se pone negro y yo siempre tengo tiempo para hacerle sonreír. Seguimos sosteniendo largas charlas y conversaciones, y después desempatamos en la cama. A veces gana ella y otras gano yo. La gracia de todo esto es que siempre salimos vencedores los dos.

Ella me ha enseñado a hacer surf y a leer el mar. Yo a ella a cultivar y a entender la tierra. Hacemos una dupla cojonuda y los dos hemos dejado penas y

penurias atrás. La felicidad para mí tiene nombre y se llama Anika. ¿Quién me iba a decir que acabaría casado con una alemana? Nunca se sabe lo que la vida te puede traer.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

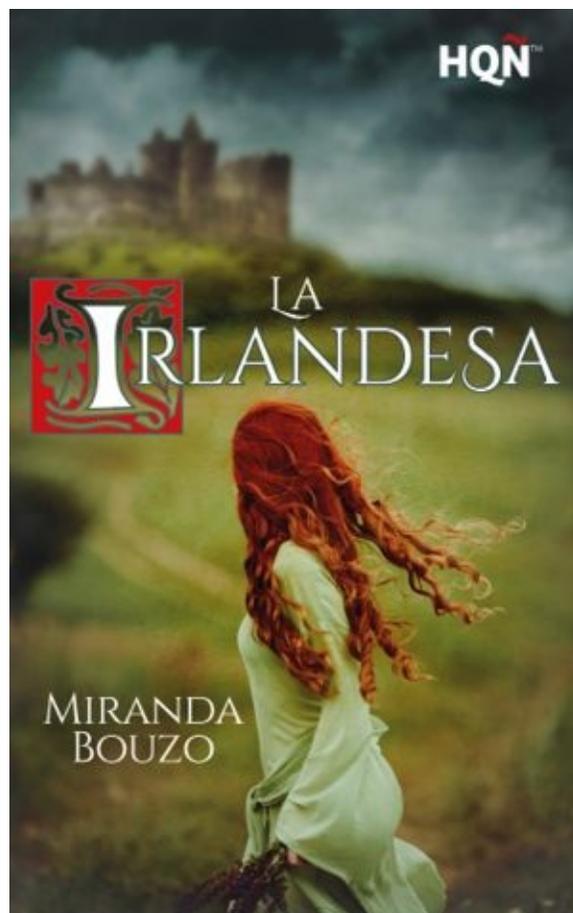
CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

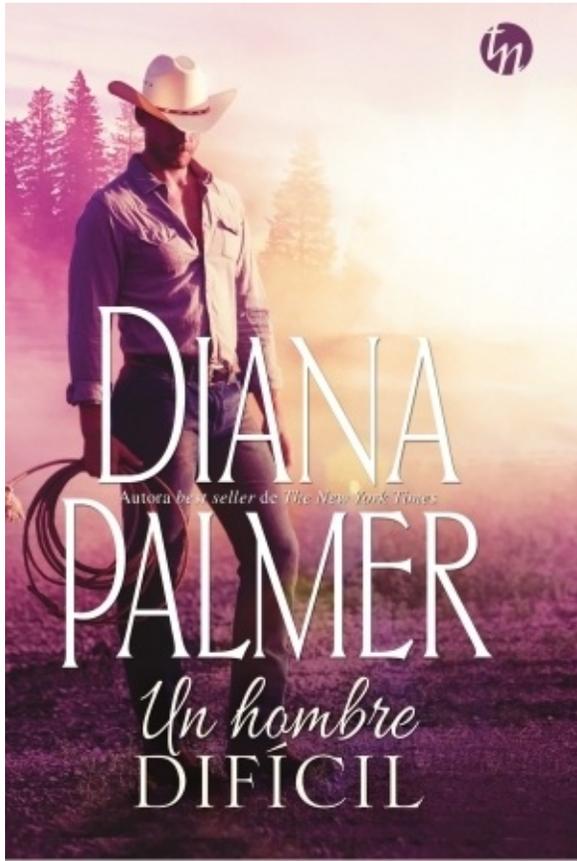
MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



tn

DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e*li*



Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

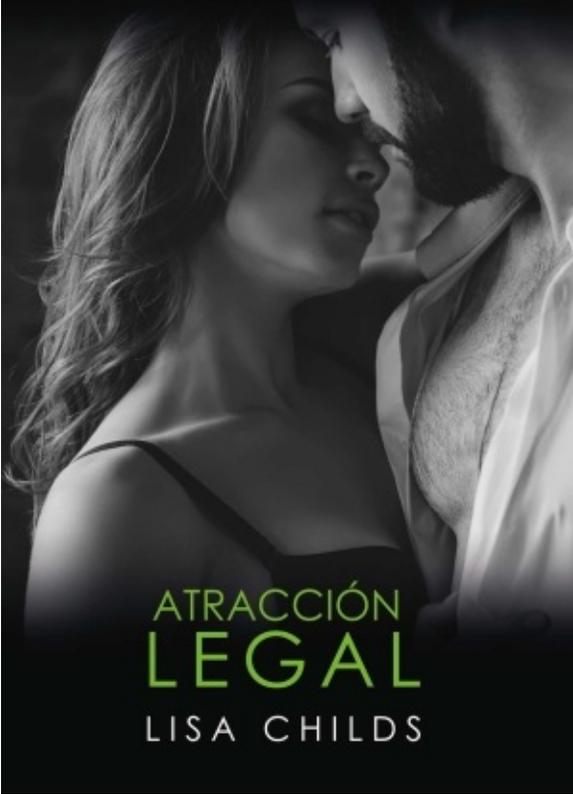
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

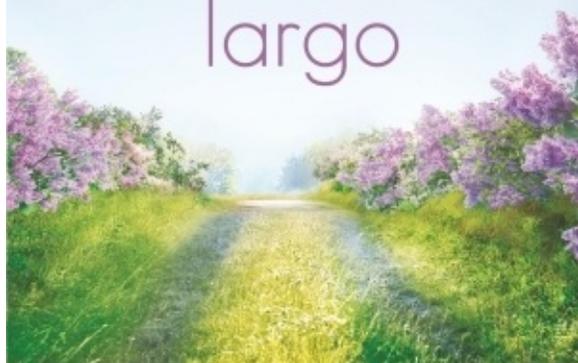
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL
WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)